

PAULINO A AUSONIO

La suerte te acompaña siempre, querido maestro. ¿Alguna vez no has conseguido lo que te habías propuesto? Sí, quizás alguna vez que te ha salido un discípulo no del todo a tu imagen y semejanza. Para empezar, naciste en una familia de posición privilegiada. ¿Cuántos hombres a lo largo y a lo ancho del Imperio partieron en la carrera de la vida con semejante ventaja? Búscalos, reúnelos y colócalos en el gran teatro de nuestra ciudad: no ocuparían la mitad del graderío. También yo partí con ventaja similar, es cierto. Pero ahora hablamos de ti.

Has tenido, tienes todo cuanto has deseado. Una juventud alegre, dichosa. Dedicada con ahínco a los estudios, es verdad. Pero también es verdad que el esfuerzo empleado en lo que se ama no es esfuerzo, sino dicha. Llegaste a ostentar, con todos los merecimientos, la más alta consideración entre los retóricos de este tiempo. Y como poeta, solo Virgilio podría superarte. Desde tu cátedra de Burdigala obtuviste la confianza del Augusto Valentiniano, que te encomendó la educación de su hijo. Y bajo el reinado del joven Graciano recibiste toda clase de honores y distinciones. Por encima de todas, el consulado. Todo lo has conseguido. Y ahora ¿haces un drama porque un discípulo y amigo pase tres años sin verte y sin enviarte un saludo?

¿Qué edad tienes, querido padre (pues eso has sido y serás siempre para mí)? Ya has superado los ochenta. ¿No será, y perdona la crudeza, que las miserias de la vejez han empezado a trabajar tu cerebro? No lo quisiera, por Dios Nuestro Señor. Y no lo creo en absoluto. Porque he observado que un trabajo intelectual continuado, como el que tú siempre has ejercido, es la mayor garantía para vi-

vir con lucidez hasta el último momento. Entonces ¿qué es? ¿Simple nostalgia? ¿O acaso verdadero amor? Pero el amor no se daña ni se rompe con la distancia. ¿Será egoísmo entonces? ¿Voluntad de posesión del señor sobre el esclavo? Dejemos el asunto, ¿te parece? Dejémoslo, pero reflexiona.

Yo, con la mitad de años que tú, hace tiempo que empecé a reflexionar. Y ya estoy llegando a las últimas conclusiones. No sé por donde empezar. Porque, como a padre, te debo una explicación completa. Explicación, por otra parte, que añadirá muy poco a lo que ya sabes: soy cristiano.

Dirás: ya lo sé, yo también lo soy, todos lo somos ahora. Y yo te diré: no, no eres cristiano y la mayoría de esos «todos», tampoco; yo mismo no hago otra cosa que intentarlo. Pero tú, querido Ausonio, eres el menos cristiano de todos. Y no por dureza de corazón, bien lo sé, sino por esa absurda nostalgia que te domina, por ese obstinado apego a un mundo que ya no existe. Me hablas del consulado como el máximo de los honores posibles. Pero maestro, ¿qué es el consulado hoy? ¿Tiene algo que ver con el consulado de la antigua Roma? ¿Te he de recordar yo que los cónsules eran los hombres que, elegidos en número de dos por el pueblo romano, regían el destino de la República junto con el Senado y las magistraturas inferiores? Y ahora ¿qué es el cónsul? Un lacayo más del generalote de turno al que llamamos emperador. ¿Y ese era el fin de tu vida? Por favor, no permitas que me avergüence de mi amado maestro. Dime al menos que el fin, que el objeto de tu vida eran esos magníficos versos que andan hoy por los confines del mundo, o que era enseñar y formar a continuas generaciones de hombres, o que era saborear plácidamente, en el pórtico de tu villa, rodeado de los amigos y discípulos que te aman, el vino inigualable de nuestra tierra, mientras suenan los dactílicos y los yambos de una lengua

hermosísima que ya casi no existe. Eso lo entendería. Porque, de no haberme llegado una luz superior, también yo pensaría que el objeto más noble con que se puede llenar una vida es el cultivo de la mente, del ingenio, de la belleza, del amor. Y del vino.

Cuida tu salud. No quiero perder la esperanza de que algún día llegues a ver lo que yo veo.

Iba a confiar esta carta al mensajero cuando ha llegado Claudiano, procedente de Burdigala, con el fruto de tu impaciencia. En un primer momento pensé dejar su lectura para mañana. Pero Terasia ha insistido en que la leamos hoy mismo, por si hubiera algo urgente que constatar, para que el mismo Claudiano, que pasado mañana se vuelve a Burdigala, pudiese llevar la respuesta. Tanta precipitación me trastorna, pero no puedo negarle nada a mi mujer. Sobre todo teniendo en cuenta que todos sus consejos se han revelado acertadísimos.

Pues sí, querido Ausonio, vivimos en Barcino. O Barcelona, como también se llama... Y antes estuvimos en Gades y en Corduba. Y también en Complutum, donde Dios Nuestro Señor quiso llevarse al pequeño ser que mi amor había engendrado en Terasia. A los siete días de su nacimiento era una espléndida promesa de vida. Un día después, sus mínimos despojos yacían sepultados en la tierra de sus antepasados maternos. Lloré por la desgracia, si es que se puede llamar desgracia el cumplimiento de un designio divino. Y entendí que Dios no deseaba de nosotros una descendencia carnal, sino espiritual. Y así lo aceptamos Terasia y yo. Y desde entonces nuestra relación, nuestro amor, muchísimo más fuerte, no precisa del contacto de los cuerpos.

Sí, desde hace más de dos años vivimos en Barcino. No entre los salvajes de los Pirineos, ni con los alacranes del

desierto. Maestro, ¿por qué por el hecho de estar en Hispania me supones viviendo entre gente primitiva o entre ruinas de ciudades? Y aunque así fuera, ¿piensas que yo sería distinto por no poder disfrutar de los refinamientos a los que estamos acostumbrados? ¿Y que sería más desgraciado? Te equivocas. Porque lo que yo busco no depende de la exquisitez de las personas o de las formas de vida. Lo que yo busco está principalmente dentro de mí. Y si algo hay afuera que pueda ayudarme en esa labor de búsqueda, serán precisamente los seres más humildes y desgraciados, que no suelen encontrarse en las curias ni en los salones literarios, las criaturas que Jesús nos confió para que no olvidásemos su rostro humano.

Y te equivocas también si, en tu universal ignorancia de Hispania, imaginas que esta tierra es como la pintas. Te equivocas porque esta tierra, además de no ser ni un erial ni una selva espesa, pues disfruta de todas las variedades de la geografía, es país de gente noble y muy a menudo culta. En Gades, por ejemplo, se tiene una clarísima conciencia de la antigüedad de la ciudad, superior a la de cualquiera de Occidente, incluida Roma, y todo lo que se relaciona con el saber y las letras ocupa un lugar principal entre las preocupaciones de sus ciudadanos. De hecho, la disciplina que más les interesa es la Historia. Hasta tal punto que ahora tengo por muy cierta la curiosa anécdota que contaba Plinio (¿o fue Séneca?): que un gaditano viajó a Roma con el solo objeto de ver de cerca al gran Tito Livio y que, una vez lo hubo visto, se volvió a su casa tan satisfecho.

Por toda esta tierra he encontrado, cuando no cultura, siempre nobleza y humanidad. Situada en un lugar delicioso, Barcino es una pequeña ciudad que goza de esas virtudes. Es una población próspera, dentro de lo que puede darse en estos tiempos. No tanto como su vecina Tarraco, aunque yo diría que guarda en su seno más vida.

¿Qué hago aquí? ¿Con quién me trato? ¿A qué me dedico? Estas ya son materia para otra carta. La presente te bastará para saber que estoy vivo y en buena compañía. Y que siempre seré tu discípulo, tu amigo y tu hijo. Saludos de Terasia.

AUSONIO A PAULINO

*Huyeron las nieves, regresa a los campos la hierba
y a los árboles la cabellera.*

Hace ya cierto tiempo que cada año, semanas antes de que la escena pintada por el poeta se represente con toda su viveza, siento el germinar de las fuerzas primaverales en mi interior. Y siento con más intensidad que nunca el peso de la maldición que contienen:

No esperes inmortalidad...

También este año ilusión y melancolía se han dado cita para presenciar la suave danza de la Gracia y las Ninfas. Menos ilusión y más melancolía que nunca: un amigo común me ha informado dónde estás y he sabido que, por lo menos, has debido recibir la carta que te llevaba Claudio. Y de eso hace ya más de un mes.

¿Por qué no me escribes? ¿Han cambiado tus sentimientos hacia mí? Pero ¿cómo pueden haber cambiado si en nuestra amistad nada hay de lo que suele corromper las relaciones humanas? ¿O acaso sientes vergüenza de que alguien pueda pensar que sí hay algo de eso? Si es así, si temes que alguna persona haga un crimen de nuestra amistad, escíbeme en secreto. Que tu Tanaquil no se entere. Conoces tan bien como yo los variados procedimientos para conseguir que un escrito se mantenga secreto hasta que llegue a los ojos del destinatario: la leche invisible, la tira de pergamino arrollada a un bastón, y muchos más. ¡Pero qué ingenuo soy! Seguro que ella está leyendo esta carta contigo y se ríe de mi estupidez. Saludos, Terasia.

No tengo nada contra ti. Paulino es testigo de que siempre fui favorable a vuestra unión. Favorable, hasta cierto punto. Siempre dije que Terasia es la mujer perfecta para un hombre normal, para un hombre que ame la sociedad y busque relacionarse con los demás. Pero, para un hombre como tú, al que siempre devora una pasión oculta, ya sea el amor por las letras, ya la repentina obsesión por el reino de los cielos, ni ella ni ninguna mujer es adecuada. Todo gran artista, como tú eres, guarda en su interior un cúmulo de tesoros que no puede compartir con los demás sino a través de su obra. Eso, a la larga, deteriora el matrimonio.

Piénsalo un momento. Todos los grandes artistas han sido célibes o mal casados. ¿Que mi caso no es ese? Por supuesto que no. Mi caso no es ese porque —guárdame el secreto— yo nunca he sido un gran artista. Conozco las reglas del juego, tengo cierta habilidad, no me falta el ingenio. Eso es todo. Por eso me avergüenza un tanto que personas como tú me comparen con Virgilio. Que lo digan los otros está bien. Lo acepto y no lo desmiento. Para eso he trabajado toda la vida. ¿Qué menos sino que se reconozca el fruto de mi trabajo? Pero últimamente pienso que en el arte puede haber algo más. Algo que yo no tengo y tú sí tienes. ¿Qué es ese algo? No lo sabría decir. Quizá te extrañe que piense así. También yo me extraño. Porque siempre he considerado —y esencialmente sigo considerando— que todo arte se reduce al dominio de unas reglas, de unos trucos. Solo que ahora pienso que, a veces, puede haber algo más. Ese algo que no te sé definir y que poseen unos cuantos artistas: unos cuantos hombres incompatibles con el matrimonio. No es ese mi caso. Mi vida ha sido —¿por qué no decirlo?— un modelo de equilibrio y de serenidad. Esposo feliz hasta que la Parca quiso arrebatármela tan pronto, padre, abuelo, patriarca venerado. Siempre en paz conmigo mismo y con el mundo. A veces, algún afecto desordenado intentaba romper

ese equilibrio. Pero siempre llegaba el remedio a punto, la solución inesperada: la huída, el cambio repentino de la situación. Ahora, en mi ancianidad —¡seré ridículo!— es cuando más temo que ese equilibrio pueda romperse de una vez por todas. Tú tienes parte en este asunto, lo sabes bien.

Me había acostumbrado a ti. Formábamos una pareja envidiable. Diferentes en edad, idénticos en ambiciones y sensibilidad. Tú eras mi compañero y a la vez mi sucesor. ¿Crees que todo eso puede perecer en un mar de silencio? Yo no lo creo, sinceramente. No puedo creer que todo se haya perdido. Nuestra amistad estaba llamada a hacer compañía a las grandes amistades de todos los tiempos. Y así habrá de ser. Pues nadie pudo ni podrá nunca separar a Teseo de Pirítoo, a Nilo de Euríalo, a Pílates de Orestes, a Damón de Fintias. A Ausonio de Paulino.

No sé si tú lo habías advertido, pero yo tenía la sensación de que el peso, a veces nada leve, de los trabajos de la vida, lo llevábamos entre los dos. Ahora me falta la mitad de mis fuerzas. No sé si seré capaz de recorrer solo el breve trecho de camino que me resta. ¡Íbamos tan bien los dos juntos! Tan iguales y, sin embargo, tan distintos. Yo siempre hablando; tú siempre callado. Callado y guardando la sorpresa. Bien hacía César en no fiarse del taciturno Casio. Los que son como tú guardan siempre un puñal en el fondo de su amable silencio.

Escríbeme, por todos los dioses del Olimpo. Escríbeme, por Isis y por Mitra. Por Jesús Nuestro Señor, cuya cruz se convierte en puñal en manos de quienes le adoran, escríbeme, Paulino.